

Martín Luis Guzmán

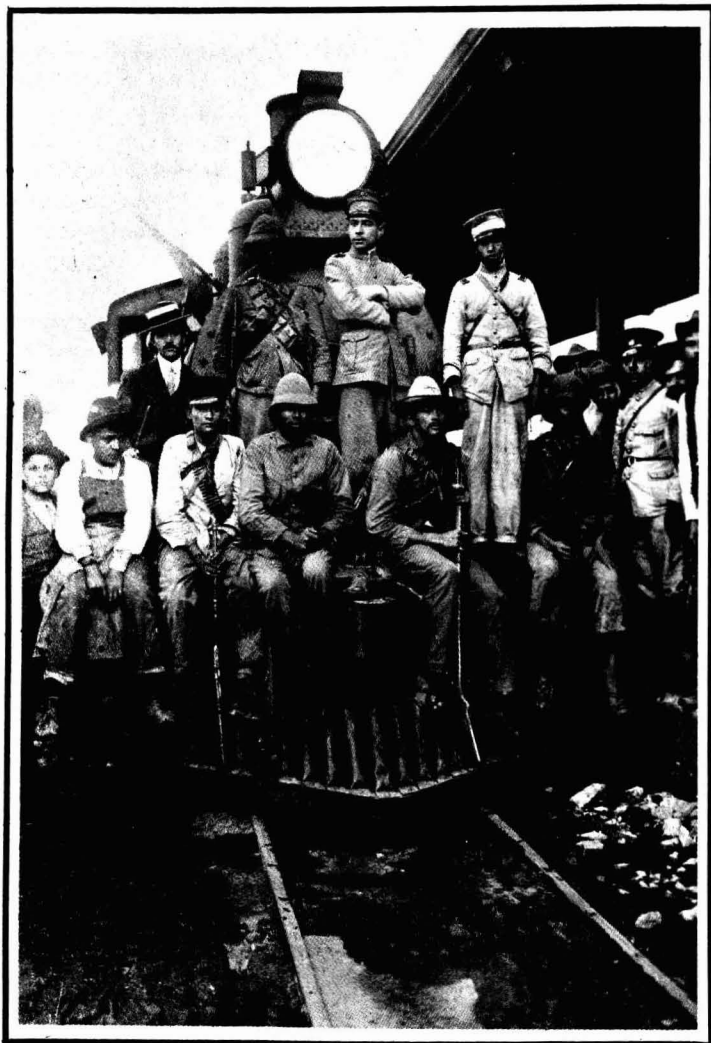
Las Memorias de Luis Aguirre Benavides

De no existir muchas razones para dar a Luis Aguirre Benavides el beneplácito por la aparición de sus *Memorias*, obra en que reúne los recuerdos de su vida, en la parte relacionada con la Revolución, bastaría una para aplaudirlo: la de no haber guardado silencio. Porque, como bien se sabe, muy pocos compatriotas nuestros, así se cuentan entre los más destacados por su papel político, militar, o social, escriben sus memorias, y esto al punto de que en ciertos casos se ha impuesto la necesidad de que algún mexicano escriba las "memorias" de otro. Tampoco abundan en México los diarios, o los epistolarios, o los archivos privados, ni nada, en fin, capaz de contrarrestar, al menos en parte, las consecuencias negativas que para el sentimiento global de lo mexicano tiene nuestra repugnancia a ponernos por escrito. Callamos, junto con el relato de nuestra vida, la propia interpretación o valoración de los hechos, grandes o pequeños, en que nos tocó estar o de los que hubimos de ser parte por

nuestra actividad misma o por alguna contingencia. ¡Y qué lagunas tan lamentables las que esto deja, tanto en nuestros panoramas nacionales presentes, como en nuestras perspectivas vueltas al pasado! Incontables son los juicios históricos, mayúsculos o minúsculos, que nos atrevemos a formular en términos definitivos, aunque a conciencia de que su validez se reduce a una mera aproximación; cosa que no sucedería si dispusiéramos de ese fluir, de esa red, de ese tejido de aseveraciones históricas, contrastadas entre sí, que a otras naciones les llega, a modo de herencia y suma del zig-zag de las conductas y de los espíritus, en el conjunto de las visiones individuales escritas por los actores, principales, secundarios, íntimos, de toda la vida de su pueblo.

En el caso presente, la importancia de los hombres públicos a cuyo lado estuvo Luis Aguirre Benavides da a cuanto él nos dice un gran valor inicial y hace que su versión de los acontecimientos, lo más de ella de primera mano, tenga perfiles que muy





Días pletóricos de consecuencias

a menudo son incommovibles. Anduvo Aguirre Benavides cerca de don Francisco I. Madero, de Gustavo Madero, de Venustiano Carranza, del licenciado Francisco Escudero y, sobre todo, de Francisco Villa, con este último en días pletóricos de consecuencias para la Revolución: los que transcurren entre el asalto a Ciudad Juárez en noviembre de 1913 y el pleito de Villa con el presidente Eulalio Gutiérrez a principios de 1915.

Si a lo anterior se añade la evidente sinceridad de estas *Memorias*, lo que ellas asientan se ofrece desde luego como una



exposición de carácter histórico que cumplirá bien su doble destino: el inmediato, encontrar gran número de lectores comunes y corrientes que se interesen en la narración misma, y el ulterior, servir para el aprovechamiento que de ella hagan, considerándola documento auténtico, el historiador y demás lectores especializados, siempre ansiosos de basarse en datos primigenios o libres de quedar en tela de juicio, como los que las *Memorias* nos proporcionan. Cuenta Aguirre Benavides, al principio de su obra, cómo, presa del miedo, no cumplió su promesa de alzarse en armas el 20 de noviembre de 1910, sino que a la hora crítica, huyó hasta los Estados Unidos mientras sus compañeros de conspiración sí hacían bueno su compromiso patriótico y se lanzaban al campo de la lucha, si bien —aclara— lo consolaba el pensar que, empezando por el señor Madero, muchos revolucionarios estaban a esa misma hora al otro lado de la frontera. Nos dice también, ya hacia el final del libro, que, apartado de Villa al sobrevenir, en enero de 1915, el rompimiento entre la División del Norte y el gobierno de Eulalio Gutiérrez, se prestó dócil, bajo la influencia de Obregón, a escribir y publicar con su firma artículos injustos que denigraban a su jefe de pocos días antes, error que no olvida, echándose a sí mismo en cara “como una vergüenza”, y del que “se arrepiente con valor”. Pues bien: viendo que el autor no rehuye la verdad en casos que le son adversos, ¿quién pondrá en duda la autenticidad de sus *Memorias* cuando hablan de otras personas, amigas o enemigas?

Igual apego a ser veraz se advierte en la inserción de los documentos con que Aguirre Benavides ilustra o puntualiza algunos de sus capítulos. Aun tratándose de su hermano Eugenio, por cuyo recuerdo guarda devoción, no vacila en transcribir textos que lo presentan bajo luz desfavorable: los de la correspondencia que Eugenio sostuvo con Felipe Ángeles invitándolo a desconocer a Villa y a unirse a los disidentes de la Convención. Se dirá, es cierto, que la patriótica figura de Eugenio Aguirre Benavides, hecha de incontables servicios prestados a la Revolución, no padecerá bajo el golpe de los errores cometidos al dirimirse las disidencias faccionales; pero ello no empequeñece la ecuanimidad y equidad del autor de las *Memorias*, más atento siempre a dejar la verdad en claro, así lo empañe a él o a alguno de los suyos, que a cuidar de los prestigios individuales.

Por virtud de esta honradez en la consignación de los hechos y en la calificación de las personas, la lectura del libro conduce con frecuencia a corroborar fallos históricos que el instinto de nuestro pueblo ha pronunciado ya remontando corrientes, a menudo caudalosas, de opiniones falsas o interesadas. Uno, importantísimo para la inteligencia de la Revolución Mexicana, es que Villa, tan discutido, tan difamado, tan incomprendido adrede por quienes quisieron o quisieran borrarlo de la historia de



Villa a la postre tenía siempre razón

México, a la postre tenía siempre razón. Y como éste, aunque de menor trascendencia en el orden de las apreciaciones históricas, hay otros muchos puntos que podrían citarse. Así el relativo al carácter íntimo de Obregón, ingrato, despiadado y cruel. Aguirre Benavides fue testigo y actor de la hora en que José Isabel Robles, comprometiendo su propia seguridad, libró de la muerte a Obregón cuando Villa pudo fusilarlo en Chihuahua en septiembre de 1914; y dos años y medio después, en marzo de 1917, fue otra vez testigo, sólo que ahora de un hecho con

signo contrario al de antes. Intercedía entonces Aguirre Benavides en favor de Robles, preso y sentenciado a muerte en Oaxaca, y en respuesta a sus instancias, elocuentes, recordativas de lo acontecido en Chihuahua en septiembre de 1914, recibió por escrito la negativa de Obregón, que frío e insensible, mandaba al patíbulo, sin el menor escrúpulo, antes enaltecándose a sí mismo, a quien lo había salvado cuando él estuvo en circunstancias análogas.

Es sencillo Aguirre Benavides en la manera como ha concebido y redactado sus *Memorias*. Pero ni la natural sencillez ni la abstención de todo alarde o recurso literarios disminuyen los méritos intrínsecos del libro o restan vigor a la huella que deja su lectura. Las *Memorias* están llenas de pasajes que se siguen con enorme interés y contienen no poco de emoción tan honda como auténtica. Por sobre estos últimos descuella el patético episodio que evoca a la madre de Alfonso Bolaños Cacho, villanamente asesinado por órdenes del general Navarrete cerca de Los Aldamas, el 2 de junio de 1915, junto con Eugenio Aguirre Benavides y otros doce revolucionarios convencionistas. Años después del fusilamiento de Bolaños Cacho, su madre peregrinó desde Oaxaca hasta Coahuila en busca de la tumba del hijo, trayendo consigo la lápida de mármol con que quería que se cubriese la sepultura: y aquel esfuerzo conmovedor, digno de una suplicante griega, no pudo obtener el fúnebre premio a que aspiraba, y que merecía, porque el cadáver de Bolaños Cacho nunca llegó a identificarse.

Entre los más fecundos recuerdos de Aguirre Benavides está el que hace de Gustavo Madero, con quien tan injustamente parco se ha mostrado el reconocimiento de la posteridad. La figura de tan noble revolucionario despierta en las páginas de las *Memorias* simpatía profunda y duradera, y hace brotar entre líneas motivos bastantes para que se la admire. Era Gustavo Madero cabal ejemplo de hombría, de firmeza política y de desprendimiento personal. ¡Mas en qué circunstancias, tan crueles como sombrías, sucumbió! La busca de su cadáver, iniciada horas después de ocurrir el asesinato a manos de los sublevados de la Ciudadela, miserables y viles en esto como en todo, y el rescate del cuerpo profanado, dejan en la conciencia sedimentos de turbación; y dos o tres páginas adelante la emoción se renueva, sublimada por la presencia de una imagen dolorosa. El lector se encuentra de pronto con una carta de la viuda y, conmovido, no puede menos de detenerse a pensar que tiene ante sí un documento revelador del infortunio que tantos miles y miles de nuestras mujeres hubieron de sufrir para que a sus nietos o bisnietos tocara algo de lo mucho que México debe a la Revolución de 1910, sin que lo sepan siquiera todos los mexicanos, o todos lo aprecien.